

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

ESCRIBANO JULIO E. MARTÍNEZ PERRI

Su fallecimiento

El 12 de enero falleció en esta capital el escribano Julio E. Martínez Perri.

Su deceso ha producido un hondo sentimiento de dolor entre sus pares, porque se ha ido un colega cuya actuación en el seno del Colegio estuvo signada por una permanente e indeclinable actitud de servicio, que cimentó en acendrados ideales de ética militante. No sólo predicó con el ejemplo, sino que sintió a la moral como fuente inspiradora de todos sus actos. Si la conducta de los hombres es el reflejo de su espíritu, Martínez Perri, como los auténticos elegidos, supo volcar en el acontecer cotidiano una diáfana simbiosis de su mente y de su corazón.

No fue un espectador pasivo, fue un lúcido y dinámico protagonista de los acontecimientos y vicisitudes notariales. Ningún problema profesional le resultó ajeno y su autorizada palabra llegaba oportuna, gravitante, para esclarecer o aconsejar, para opinar o realizar. En los días difíciles no le bastó ser solidario, siempre hizo algo más de lo que sus fuerzas físicas le permitían, con detrimento de su salud y contrariando recomendaciones de familiares y amigos.

El bosquejo de su personalidad quedaría incompleto si no se hablara de cuánto significó en Martínez Perri la amistad, que cultivó con fidelidad, con obstinación. Tuvo muchos amigos y se hizo querer por quienes valoraron su hombría de bien, su sinceridad cabal, su entrega sin retaceos a las causas mejores, su apasionado fervor por la profesión y el notariado, y porque alentó el entendimiento y la comprensión entre los hombres cuando circunstanciales desencuentros los alejan.

En el dilatado lapso de treinta años ininterrumpidos estuvo consagrado con incansable empeño a la función notarial, a la que había accedido en marzo de 1944, luego de graduarse ese mismo año en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Fue primero adscripto al registro N° 145, durante casi un lustro, y después titular del registro N° 336, desde septiembre de 1952.

Integró el Consejo Directivo como vocal en dos períodos consecutivos y fue miembro de diversas comisiones asesoras: consultas jurídicas,

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

gestiones administrativas, arancel, de estudio de reforma de la ley 12990 y del comité coordinador permanente de la propiedad horizontal. Actuó como delegado a Congresos y a Jornadas Notariales Argentinas, y participó de manera destacada en las Convenciones Notariales organizadas por nuestro Colegio.

Martínez Perri fue también un hombre de hogar, al cual se dedicó plenamente y al que fue conformando en las virtudes de raigambre cristiana que lo caracterizaron.

Sus actividades no se circunscribieron sólo al ámbito de lo notarial. Su bien ganado prestigio le valió ser llamado a desempeñar tareas de responsabilidad en la administración pública, donde siempre se recordará su actuación como director del Banco de la Ciudad de Buenos Aires, cargo en el cual lo sorprende la muerte y al que supo honrar con su idoneidad, su celo y su probidad de funcionario.

Fue un intérprete veraz del hombre de Buenos Aires, un porteño genuino enamorado de su deporte, de su habla popular, de su música ciudadana - que conoció como pocos - . Nacido en San Telmo, los avatares de su vida lo llevan a residir en otro barrio. Pero él, que amaba entrañablemente a su barrio natal, nunca dejó de pregonar a los cuatro vientos que pertenecía por derecho propio a esa rara aristocracia de todo auténtico representante del siempre actual barrio de San Telmo.

En el acto del sepelio, realizado en el cementerio de la Chacarita y que constituyó una elocuente demostración de pesar, habló el presidente del Colegio de Escribanos, don Jorge María Allende, quien lo hizo en los siguientes términos.

Oración del Esc. Jorge María Allende

La institución notarial y en especial el Colegio de Escribanos de la Capital Federal ha perdido un miembro y colegiado predilecto.

Con Julio Martínez Perri desaparece un luchador, un hombre cuyo espíritu y cuya voluntad estuvieron de un modo permanente sensibles a todo lo que se vincula, directa o indirectamente, con el notario y con la función notarial.

Tuvo desde siempre la palabra admonitoria de quien siente como propios los problemas que afectan a la profesión, y se expresó con invariable franqueza acerca de los acontecimientos que han venido jalonando el devenir de la institución notarial en nuestro tiempo.

Ejercía una fiscalía moral que se exteriorizó en consejos y advertencias, en opiniones y en iniciativas, las cuales llevó invariablemente a conocimiento de quienes podían o debían, en razón de sus cargos, tenerlas en cuenta.

En el ejercicio de sus funciones fue un celoso custodio de la fe pública con la cual fuera investido en marzo de 1944 y a cuyo servicio estuvo durante 30 años consecutivos con ejemplar dedicación, hasta este momento en que nos sorprende la noticia, dolorosa de su muerte.

Fue vocal del Consejo Directivo en dos períodos consecutivos, miembro

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

de distintas comisiones asesoras del Colegio: consultas jurídicas, gestiones administrativas, arancel, comisión de estudio de reforma de la ley 12990 y del comité coordinador permanente de la propiedad horizontal; delegado a Congresos y Jornadas Notariales Argentinas y delegado y participante activo y destacado en las convenciones notariales auspiciadas por el Colegio de Escribanos de la Capital Federal, su colegio, como se complació siempre y públicamente en declararlo.

Martínez Perri tuvo el raro privilegio de concitar amigos. No lo hizo por cálculo, pues poseía una franqueza que eliminaba tal posibilidad. Simplemente se hizo querer por su hombría de bien, por su sinceridad, por su apasionamiento por las causas mejores, por estar consustanciado con su profesión y con el notariado, por ser leal a la evolución de su pensamiento y a las ideas que fue afirmando a lo largo de su vida, porque nunca negó un servicio, un apoyo, una ayuda; porque no esperó a ser llamado en los momentos de necesidad para presentarse y ofrecer su persona y su palabra orientadora, sino que lo hizo espontáneamente, asumiendo la iniciativa de limar las inevitables asperezas que ocasionalmente distancian a los hombres.

Nos cuesta despedirlo para siempre, habituarnos a la idea de que nos ha de faltar en presencia y en palabra para hacernos saber qué es lo que considera y qué es lo que piensa que está bien, que constituía lo espontáneo de su proceder y lo permanente de su aconsejar.

Julio: Tu afecto y tu cariño lo extrañaremos, tu ausencia nos desgarrará, pues habías sabido echar hondas raíces en el corazón y en el afecto de tus amigos.

Al exteriorizar este postrero homenaje a tus virtudes, ruego a Dios te acoja en su seno y te dé paz.